

Los primeros pasos argentinos en la Antártida

Lic. Verónica Aldazabal y Lic. Pablo Pereyra

Enviados por la Fuerza Naval Antártica y por la Dirección Nacional del Antártico, durante los meses de enero y febrero de 2001, participamos de la Campaña Antártica de Verano, en el Destacamento Naval Orcadas. Nuestro objetivo fue efectuar un relevamiento de lo que quedaba del refugio "Omond House", construido por la expedición escocesa y utilizado en 1904 por los argentinos, y de la casa Moneta, una cabaña de madera construida por el primer relevo argentino en enero de 1905.

Este relevamiento constituyó el primer paso de una propuesta museológica de conservación y revalorización de ambas construcciones, atento a que, en 2004, se cumplirá el centenario de la ocupación continua de la base por parte de la República Argentina.

Antecedentes

El interés de la República Argentina por el continente antártico se remonta a fines del siglo XIX, época en la que buques argentinos y extranjeros matriculados en el puerto de Buenos Aires se dedicaban a la caza de focas y ballenas en aquellas aguas. Pero dos hechos ocurridos a principios del siglo XX habrían de marcar un cambio fundamental en la actividad.

En efecto, como resultado de los dos últimos Congresos Internacionales de Geografía, realizados a finales del siglo XIX (Londres 1895 y Berlín 1899), se creó una Comisión Internacional de Estudios Científicos de la Antártida, la que comenzó a organizar expediciones a varios sectores del continente, con el patrocinio de diferentes países, dos de las cuales resultarían fundamentales para la presencia argentina en la Antártida.

La primera es la expedición sueca del Dr. Nordensköld, para la cual la Argentina, por su cercanía a la zona de estudio, se constituyó en un apoyo fundamental. Por un lado, con la creación y establecimiento de un observatorio magnético y meteorológico en la Isla de Año Nuevo; y, por otro, como base para el abastecimiento de víveres y recalada de la tripulación, en Ushuaia. Finalmente, y dada su proximidad, en noviembre de 1903 tendría la posibilidad de realizar con éxito el rescate de todos los miembros de esa expedición, tras el hundimiento de su embarcación, la "L'Antartic". De ella participaba el alférez Sobral, que se convirtió así en el primer argentino en invernarse y realizar estudios en el continente antártico.

Como resultado de los dos últimos Congresos Internacionales de Geografía, realizados a finales del siglo XIX, se creó una Comisión Internacional de Estudios Científicos de la Antártida, la que comenzó a organizar expediciones a varios sectores del continente, con el patrocinio de diferentes países, dos de las cuales resultarían fundamentales para la presencia argentina en la Antártida.

La segunda fue la expedición escocesa del Dr. William Bruce, que partió de Edimburgo el 2 de noviembre de 1902 con un plan de investigaciones de la Real Sociedad de Geografía de Escocia. Su objetivo era explorar el área del mar de Weddell, buscando los límites de la tierra firme y realizando observaciones meteorológicas y magnéticas.

Ahora bien, en razón del congelamiento de los mares, Bruce tomó la decisión de anclar en la bahía sur de la Isla Laurie, en el Archipiélago de las Orcadas del Sur, donde construyó una cabaña sobre la costa, como casa habitación, y un pequeño depósito para el instrumental científico.

Llegado el verano, y con la intención de realizar algunas reparaciones en el buque, puso rumbo a Buenos Aires, donde propone al jefe de la oficina meteorológica, Sr. Gualterio Davis, la venta de las instalaciones y de los aparatos científicos, por 5.000 pesos moneda nacional, pero con la condición de que se continúen las observaciones. De esas conversaciones participaban, además del Sr. Davis, el Perito Dr. Francisco Pascasio Moreno y el Ministro de Agricultura, Dr. Carlos Ibarguren, entre otros funcionarios. Como resultado de ellas, el Poder Ejecutivo Nacional, mediante un decreto del 2 de enero de 1904, firmado por el Presidente Roca, aceptó el ofrecimiento.

A casi cien años de aquella expedición, la base Orcadas, que cuenta con una dotación de invernada de 13 personas, sigue realizando observaciones magnéticas y meteorológicas y, durante la etapa estival, hace relevamientos de control ambiental y de la fauna local.

Así entonces, el 21 de enero de 1904, el “Scotia” zarpó nuevamente de Buenos Aires con rumbo a las Orcadas, para buscar a los que allí habían quedado y para dejar instalado al nuevo grupo de trabajo.

A casi cien años de la realización de esta expedición, la base Orcadas, que cuenta con una dotación de invernada de 13 personas, sigue realizando observaciones magnéticas y meteorológicas y, durante la etapa estival, hace relevamientos de control ambiental y de la fauna local.

El primer año en Orcadas

El 22 de febrero de 1904 se llevó a cabo el traspaso formal de las instalaciones y el “Scotia” abandona definitivamente las islas, dejando instalado al nuevo grupo que estaba compuesto por:

- Hugo Acuña, argentino, empleado de la División Ganadería del Ministerio de Agricultura de la Nación, encargado de la Estafeta postal.
- Luciano Valette, argentino, empleado de la Oficina de Zoología, del Ministerio de Agricultura de la Nación, encargado de los estudios naturales y la fotografía.
- Edgar Szmula, argentino naturalizado, empleado de la Oficina Meteorológica Argentina, encargado de las observaciones meteorológicas y magnéticas.
- William Smith, inglés, cocinero.
- R. C. Mossman, inglés, meteorólogo, jefe de la expedición.

La vida cotidiana era una cadena de rutinas, que comprendía, entre otras, la realización de guardias de cuatro o cinco horas, durante las cuales, a cada hora, debían realizarse las mediciones y observaciones y así se obtuvieron, por ejemplo, importantes colecciones de Historia Natural. Por su parte, Valette y Acuña se propusieron levantar un croquis del istmo, lo más exacto posible. Como no disponían de ninguna clase de instrumentos, hicieron un círculo graduado de cartón que fijaron a un palo y, con dos alfileres como visual, determinaban el ángulo azimutal, al tiempo que, para medir las distancias, utilizaban un cordel de 10 metros de largo.

Como es de suponer, la comida era también rutinaria. “Todos los días se come invariablemente lo siguiente: A las 8 de la mañana, el almuerzo compuesto de huevos de pingüino pasados por agua, sopa de avena, café y pan con manteca y dulce. A las 12 y media, lunch compuesto de carne fría, queso, el o los jarros de té y pan, miel y dulce. A las 5 y media, comida, guiso de carne de pingüino con papas, sopa de pingüino y postre. A las 8 p.m., café o té, con galletitas. Todo el café o té se toma con una narigada de leche, conservada diluida en agua. Los domingos se suprime la avena y a veces se cambia la sopa de pingüino por sopa de tarro. Los sábados, antes del café de la noche, se toma whisky. Algunas veces comemos pescado frito recién atrapado”.

Las fiestas: El 25 de mayo fue un día muy especial: “A las 9 de la mañana no obstante que en ese momento caía nieve en abundancia y en grandes copos, icé la bandera, la que enseguida se puso a flamear dando a todo un aspecto de fiesta. Fue grande la emoción que sentí en ese momento al contemplar los colores de nuestro pabellón en esta soledad helada, tan lejos de la patria. Hoy hemos pasado el día de fiesta, sin faltar el Himno Nacional y la marcha de Ituzaingó tocada en mandolín por el Sr. Valette (...) De este aniversario nos ha de quedar un eterno recuerdo (...) Raras veces se habrá visto este día tan festejado y nunca en una latitud tan baja siendo también la primera vez que la bandera argentina ha flameado el 25 de mayo abajo de los 60°” (Acuña, Diario).

Pero este entusiasmo fue decayendo con el paso de los meses y así la Navidad no se festejó con el mismo espíritu. Había una inquietud recurrente con relación al próximo relevo, puesta de manifiesto en el siguiente relato del festejo navideño: “Para muchos será motivo de alegría, pero para nosotros, cinco pobres diablos completamente aislados en esta inmensidad de hielo, ignorando cuándo vendrán a buscarnos y no teniendo más bienes que una pobre cabaña y víveres para dos meses, más bien es un día de tristeza. Hasta el tiempo se muestra adverso con nosotros. Ha nevado todo el día con un poco de viento”.

El relevo llegó a finales del mes, en la corbeta Uruguay y el 1° de enero de 1905, a las 3 de la tarde, recibieron la orden de embarcarse. Ya no volverían a pisar la tierra helada de las Orcadas.

Llegamos al 2001

La “casa Omond” está situada a unos 30 metros de la orilla del mar, al pie de los cerros. Las



paredes, de 1,5 metros de espesor, estaban construidas con piedras, colocadas unas sobre otras, sin unión y forradas con lona. La puerta de entrada miraba al SO. y al levantar una cortina de lona, se tenía acceso a un reducido zaguán, con una puerta que daba entrada a la única y pequeña habitación que formaba la casa. Una ventana chica mirando al Norte y otra similar mirando al Sudeste, permitían el paso de la luz hacia el interior de la casa. Al frente de

ella, estaba el almacén de víveres y allí también se había armado el depósito de envases y de útiles para las colecciones de Historia Natural. Las paredes, en este caso, eran hechas de cajones y por techo se había utilizado un viejo bote ballenero.

De la construcción de piedras, de forma cuadrangular, sólo quedan tramos de paredes de alturas distintas. En el interior, aún se conserva el piso, formado por paneles de madera, a cuyos costados todavía se observan los puntales sobre los que estaba clavada la lona de las paredes.

A un costado de esta construcción, sobre el lado norte, se encuentra adosado un espacio de forma semi-rectangular, delimitado por una pequeña pared de piedras que no supera los 0,60 metros de altura. Allí se pudo observar una acumulación de sedimento de origen antrópico, de coloración oscura, así como numerosos restos de maderas. Es aquí donde se realizó la excavación arqueológica.

Contra la pared Noroeste de la casa/habitación, una vez retirada la nieve, se encontró una concentración de carbón de piedra, que cubría una superficie de 2 x 5 metros, aproximadamente. Sobre la pared que mira hacia la bahía, se hallaron un barril de madera y dos cajones semicubiertos por el derrumbe, que sólo pudieron ser analizados a fines del mes de enero, una vez derretida la nieve.

El relevamiento efectuado y los restos materiales recuperados, tanto en superficie como en excavación, permitieron delimitar el sector utilizado como carbonera, así como la localización de algunos de los cajones que conformaban el depósito de los víveres y también, presumiblemente, de las muestras biológicas recolectadas por Valette, así como determinar algunas de las actividades cotidianas y las condiciones de vida en que las realizaban, tanto los integrantes de la expedición escocesa cuanto los del primer grupo de invernada argentino.

Entre los objetos extraídos de en medio de los cajones, encontramos parte de los utilizados para la alimentación, como ser, bases de latas de conserva, restos de paquetes y de cajas de cartón o papel madera, con referencias a vegetales (¿secos?), leche condensada sin azúcar, guisantes y también acopio de recursos locales, en especial huevos y carne de pingüino.

Además, se encontraron cajas con rótulos de madera, frascos, restos de pingüino con piel y plumaje, aves y huevos con embrión que, probablemente, formaron parte de la colección que se había estado integrando.

Dentro de los objetos de uso cotidiano, encontramos vidrios, fragmentos de botellas de vino, botellones o damajuanas y frascos de cuerpo plano y curvo; tapones hechos en corcho y madera; y también fragmentos de gres, de porrones de ginebra o cerveza, y una base, probablemente, de un botellón de whisky.

Entre los tejidos, se recuperaron algunos fragmentos de las lonas que cubrían tanto la casa habitación como el depósito y, también, partes de bolsas de embalaje y de cortinas. Del mismo modo, se encontraron trozos de sogas y cuerdas de fibra vegetal con diversos trenzados, dobles y triples, gran variedad de menas y las extremidades de un coy con dos argollas de hierro, unidos a restos de lona con sogas de un trenzado especial..

Con respecto a la casa Moneta, se conserva la construcción original, que data del año 1905. Tenía 4 x 5 metros y comprendía tres dormitorios, sala y cocina. Las paredes son de madera, recubiertas exteriormente con ruberoid impregnado con brea y el interior de madera machimbrada. Estas paredes, de un espesor de 20 centímetros, tienen en medio, a modo de aislante, una capa de 10 centímetros de aserrín. La casa, aún cuando ha sufrido numerosas modificaciones, ya que fue utilizada como casa habitación y base de observaciones hasta fines de 1940, mantiene bastante fielmente la distribución original. En ella se han expuesto los hallazgos realizados en la excavación de "Omond House" y se está trabajando para su ambientación como en la década de 1920, época en la que la Argentina tuvo sus mayores logros y en la que las expediciones estaban formadas exclusivamente por argentinos.



Casa Moneta

La expedición cien años después

Con la compra de las instalaciones de la isla Laurie, comenzó una nueva etapa de trabajos científicos por parte de la Argentina. El primer Observatorio Meteorológico en la Antártida, que trabajaba, al principio, en combinación con el de la Isla de Año Nuevo y Ushuaia, instalado para realizar los pronósticos meteorológicos de toda la zona sur, trabajó y trabaja en forma ininterrumpida desde entonces.

Por otra parte, la disposición de la Dirección General de Correos y Telégrafos, de fecha 20 de enero de 1904, por la cual se designó al Sr. Acuña como empleado de segunda a cargo de la Oficina Postal “Orcadas del Sur”, dependiente de Río Gallegos, constituyó un acto administrativo de gran importancia, ya que convirtió a ese asentamiento humano en la forma de ocupación más antigua y continuada del continente, no igualada por ningún otro país.

Por último, la conservación del patrimonio histórico en la Antártida está reglamentada dentro del Tratado Antártico y contemplada a través de un listado de sitios y monumentos históricos, redactado en la Reunión de Wellington, Nueva Zelanda, en 1972; dentro del cual están incluidas, bajo el número 42, las instalaciones a las que nos hemos referido y en las cuales hemos trabajado. Su importancia reside en que los objetos del pasado son una fuente de conocimiento, en tanto testimonios no intencionales del quehacer humano, con capacidad para transportar una parte de ese pasado hacia el presente, superando barreras geográficas y temporales. Es así como se constituyen en bienes patrimoniales dentro de un sistema de comunicación no verbal. La posibilidad de recuperarlos y de exponerlos hace a la memoria del país, de sus hombres, de sus logros y de sus desdichas.

“Los nombres de los que tendrán la suerte de alcanzar estos objetivos, desaparecerán en la Historia, pero la gloria adquirida por el esfuerzo persistente, por la energía de un grupo de hombres, quedará para la Nación a la cual ellos pertenezcan y que les ha provisto de los medios para partir...” (Charcot¹, 1906).

¹ Jean Baptiste Charcot (1867 – 1936), explorador francés. Realizó varios viajes a los mares árticos y en 1908 descubrió la tierra de su nombre, que es en realidad una isla. Murió en el naufragio del Pourquoi pas en las costas de Groenlandia.